

Peter Witte



Fotografías de
Madrid
1965-1990

museomunicipaldemadrid

museomunicipaldemadrid

Museo Municipal de Madrid,
Madrid, Febrero - Abril 2007



madrid

ÁREA DE LAS ARTES

Peter Witte



Fotografías de
Madrid
1965-1990

AYUNTAMIENTO DE MADRID

Alberto Ruiz Gallardón

Alcalde de Madrid

Alicia Moreno

Concejala de Gobierno de las Artes

Carlos Baztán

Coordinador General de las Artes

Juan José Echeverría

Director General de Patrimonio Cultural

Carmen Herrero

Jefa del Departamento de Museos y Colecciones

Carmen Priego

Directora del Museo Municipal

El catálogo que tengo el placer de presentarles, y la exposición que le acompaña, nos permite mostrar el legado que el fotógrafo alemán Peter Witte donó a Madrid, a través de su Museo Municipal, en 2006. Se trata de 101 imágenes realizadas en blanco y negro sobre papel, en las que se erigen, como protagonistas absolutos, esta ciudad y sus habitantes. *Peter Witte. Fotografías de Madrid 1965 - 1990* nos brinda la posibilidad de realizar un doble homenaje. Por un lado, a un destacado artista, a través de su trabajo y, al mismo tiempo, al objeto que le sirvió de inspiración. En este caso, un tiempo y un Madrid al que vemos crecer y mutar durante cuarenta años.

La mirada de Witte se sitúa en la tradición de Richard Ford, Gerard Brenan y otros tantos creadores que desde su condición de extranjeros supieron conmovearse y esbozar, de forma certera, su propia visión de España. Al igual que Henri Cartier-Bresson en su fotografía espontánea, Witte ha sabido captar la esencia de esta ciudad, desde 1965 hasta la actualidad.

Sus instantáneas suponen un recorrido esencial, lleno de sugestivos contrastes, por la memoria de una ciudad, que se reinventa a sí misma, en un periodo apasionante de su historia. La autenticidad del testimonio de Witte y la sabiduría que esconde su mirada sirven para enriquecer los caminos de nuestra memoria.

La importancia de este catálogo se sustenta, además, en otras dos valiosas aportaciones: la del propio Witte, que firma el texto *Caminar por Madrid...*, una semblanza autobiográfica de su pasión por nuestra ciudad, y la de Fernando Beltrán, escritor que ha convertido a esta metrópoli en fuente de su inspiración literaria y que, a través del texto *La mirada crecida*, entremezcla sus recuerdos y reflexiones con las imágenes del artista.

La obra de Witte supone una aportación inestimable a la colección fotográfica del Museo Municipal y nos permite contar con una herramienta artística imprescindible, que documenta el Madrid de finales del siglo XX.

Como escribía, en 1939, la fotógrafa norteamericana Berenice Abbott, la que fuera gran cronista de Nueva York: *Hacer el retrato de una ciudad es el trabajo de una vida y ninguna foto es suficiente, porque la ciudad está cambiando siempre. Todo lo que hay en la ciudad es parte de su historia.*

Alicia Moreno

Concejala de Las Artes

Ayuntamiento de Madrid

The catalogue and accompanying exhibition that I have the pleasure of presenting to you, allow us to display the legacy that the German photographer, Peter Witte, donated to Madrid, via its Municipal Museum, in 2006. It comprises 101 black and white images on paper whose indiscutable protagonists are this city and its inhabitants. “Peter Witte. Fotografías de Madrid 1965 - 1990 (Madrid Photographs 1965 – 1990)” offers us the chance to pay a double tribute. On the one hand, to an outstanding artist, through his work, and at the same time, to the object that served as his inspiration. In this case, a time and a Madrid that we watch as it grows and mutates over the course of forty years.

Witte’s gaze places itself within the tradition of Richard Ford, Gerard Brenan and a number of other creators who, as foreigners, have known how to be moved by, and demonstrate, most accurately, their own vision of Spain. As Henri Cartier-Bresson did with his spontaneous photography, Witte has managed to capture the essence of this city from 1965 to the present day.

His snapshots represent an essential tour, full of suggestive contrasts, through the memory of a city that reinvents itself during a fascinating period in its history. The authenticity of Witte’s testimony and the wisdom behind his gaze serve to enrich the paths of our memory.

The importance of this catalogue is based, furthermore, on two other valuable contributions: Witte’s own, as author of the text “Caminar por Madrid...”, an autobiographical sketch of his passion for our city, and that of Fernando Beltrán, a writer who has turned this metropolis into a source of literary inspiration and who, via his text “La mirada crecida”, intermingles his own memories and reflections with the artists’ images.

Witte’s work constitutes an incalculable contribution to the Municipal Museum’s photography collection and confers us an essential artistic tool that documents late 20th century Madrid.

As the American photographer Berenice Abbott, the great ‘chronicler’ of New York, wrote in 1939: “It takes a lifetime to create the portrait of a city, and no photo is enough, for the city is always changing. Everything within the city is part of its history.”

Alicia Moreno
Councillor for the Arts
Madrid City Council

Debemos a Peter Witte, (Giessen, Alemania, 1933), afincado en España desde 1965, una de las miradas más inteligentes y honestas que sobre Madrid se han proyectado en la segunda mitad del siglo XX. Como fotógrafo científico dotado de una rigurosa formación académica, llegó a Madrid a mediados de la década de los sesenta para residir y trabajar en el Instituto Arqueológico Alemán, y, desde el primer instante, se sintió seducido por las calles y gentes de esa *Bella Durmiente* o de esa *Fata Morgana*, como da en llamar a la ciudad que le acogió y él hizo suya. Su mirada no estaba contaminada por el conocimiento ni por los prejuicios sobre Madrid y los madrileños, y por ello captó con inocencia y libertad todo aquello que llamaba su atención. Su reportaje espontáneo de treinta y cinco años de Madrid pone de relieve esa gran fuerza interna que se desprende de los hallazgos arrebatados al tiempo y que tantas veces plasmó en sus trabajos de fotografía arqueológica.

La verdad y la belleza -entendida ésta última como elemento armónico presente en toda realidad, más que como una perfección- son constantes en la producción en blanco y negro de Witte, dotada de cualidad documental y de inspiración creadora, a partes iguales: *La cámara para mí debe ser el tercer ojo, guiado solamente por mi propia voluntad visual*, nos dice el propio artista, quien, por ese motivo, jamás ha usado una cámara automática. Peter Witte siente predilección por las cámaras de 35 mm. y ha empleado normalmente película de alta sensibilidad -en especial la TRI-X de Kodak-, lo que le ha permitido tomar fotos en sitios con poca luz sin usar el flash. Siempre ha preferido la luz ambiental, a pesar de sus dificultades técnicas. Su interés se ha centrado en la gente anónima; aquella que habita la ciudad, y, dentro de ésta, en dos espacios concretos de enorme personalidad urbana: el Retiro y el Rastro.

El periodo más intenso de su trabajo se produce en los primeros quince años, intenso también para la historia de la ciudad y de España. En esa apasionante aventura de conocimiento, capta con su LEICA y sus diferentes objetivos -instrumentos preferidos para su trabajo en las calles de Madrid-, el instante de tenderos, desocupados, paseantes, edificios, letreros asombrosos, miradas atentas, gestos elocuentes, dignidad... Pronto pasa a detectar con su cámara el período de la Transición, que fija la atención de toda Europa sobre esta ciudad hasta entonces invisible, convertida en foco de una transformación muy rápida de la sociedad española, cuyas señas de identidad registra Witte

en las sorprendentes pintadas callejeras, en la vuelta del exilio de grandes personajes de la cultura, en el instante abstraído de uno de los políticos clave de la democracia. Fotos que servirán de ilustración de reportajes en periódicos como *Der Spiegel*, y muchas de las cuales ha publicado en dos libros: *Adiós España vieja* (Frankfurt-Madrid: Editorial Iberoamericana, 1966) y *Madrid visto por un alemán* (Madrid: Instituto Alemán, 1971).

La estética de estas fotos no es homogénea, sino que va cambiando. Sobre una constante de interés por las formas y un deleite en capturar aspectos de lo habitual efímero, que marcan el inicio de su trayectoria madrileña, Peter Witte empieza a preocuparse, en los primeros setenta, por las formas abstractas de la ciudad, como gran metrópoli de fuertes contrastes, o por impactantes imágenes en primer plano, propias del fotorreportaje. En años más recientes, muchas fotos fueron tomadas con una MINOLTA con un zoom de 35-70 mm.

Son 101 fotos de Madrid, acompañadas en este libro del propio testimonio de su autor que cuenta sus vivencias en la ciudad que retrata y del contrapunto de un escritor, Fernando Beltrán, que se reconoce con sorpresa formando arte y parte en esta sensible y sutilmente incisiva Biografía Colectiva -donada por Witte al Museo Municipal- y que supone, sin duda, una de las aportaciones más significativas a su colección del siglo XX.

Carmen Priego

Directora del Museo Municipal

EDITA

Museo Municipal de Madrid

Edición a cargo de:

Carmen Priego

Con la colaboración de

Eva Corrales

Ester Sanz

Textos

Fernando Beltrán

Peter Witte

Fotografía

Peter Witte

Coordinación y Diseño

Tres Tipos Gráficos

Preimpresión

Espiral

Impresión y encuadernación

Artes Gráficas Palermo

Fotografías del catálogo

Juan J. y Jorge Blázquez

ISBN: 978-84-7812-648-4

D. L.: M-4206-2007

© de la edición, Museo Municipal

© de los textos, sus autores

© de las reproducciones, su autor

Catálogo y Exposición

Coordinación:

Carmen Priego

Eva Corrales

Ester Sanz

Con la colaboración de

María Ángeles Gómez Allas

Diseño de Montaje

Isabel Tuda

Montaje

Tema

El Museo Municipal de Madrid agradece
la colaboración de Salvador Quero

ÍNDICE

	página
<i>La mirada crecida</i> , Fernando Beltrán	13
<i>Caminar por Madrid...</i> , Peter Witte	29
Fotografías de Madrid 1965-1990	37
Datos biográficos de Peter Witte	143

Fernando
Beltrán

LA MIRADA CRECIDA

Fernando Beltrán

La fotografía existe, y ya está, bramaba desesperado en su taller Alberto Giacometti harto de bocetar mil veces la cabeza de un retrato que nunca acababa de dejarle satisfecho. Realmente, cuanto más se trabaja un cuadro, más imposible resulta acabarlo...

El genial escultor tenía razón, pero la sola y apasionada razón que emanaba de su impotencia para alcanzar lo que él consideraba tal vez la perfección artística. El vuelo vertical, el vértigo sagrado, la ambición de infinito, esa *Estación Total* de la que hablaba el poeta Juan Ramón Jiménez.

La belleza y el abismo en definitiva que tantos espíritus creadores convirtieron en santo y seña, gloria y condena al tiempo de su oficio, como advertía con terminal lucidez Eсенин cuando al fin de sus días fotografió su alma reconociendo que *Acariciar y Fustigar es el don del artista, y su signo fatal.*

La fotografía existe y ya está. Giacometti no decía toda la verdad al pronunciar aquella frase, o no hablaba al menos desde todas las clases de verdades que en el mundo del arte han sido, sino sólo desde la inmutable, la mística, la de los elegidos por el férreo y frágil ángel de la búsqueda del absoluto. Un ideal tan distante y extramuros de la primera percepción que alguno puede sentir o resentir ante testimonios fotográficos como los del alemán Peter Witte, tan aparentemente pegados y apegados a la tierra, a un momento dado y a una geografía concreta, nacidos y cerrados en sí mismos desde la óptica, siempre desenfocada, de la más estricta apariencia.

Ese *y ya está*, esa sensación de acabado objetivo con que puede interpretarse el descarnado realismo del retrato fotográfico que tan atormentado y miope berrinche provocaba a un Giacometti que en el fondo clamaba tan sólo por su propia supervivencia al constatar que *simplemente no puedo reproducir lo que veo. Para poder hacerlo tendría que morir...*

Un crujido del alma procedente quizá también desde aquel estado de opinión, tan extendido a comienzos del siglo XX, que tardó *dios y ayuda* –las teorías creativas siempre tendieron al más radical e intransigente monoteísmo– en otorgarle limpieza de sangre y carta de naturaleza artística a la práctica fotográfica, considerándola como una mera técnica mecánica capaz de plasmar con absoluta fidelidad en un brevísimo relámpago

de tiempo la imagen deseada, pero sin posibilidad alguna de alcanzar y transmitir a través de ella la cota de misterio y agitación de espíritus que se le exige y supone a la obra de arte.

Estrechez de miras y espíritu visionario que propició sin embargo y paradójicamente uno de los mayores impulsos y piruetas ocurridos en la historia de la pintura de los últimos siglos, pues aparecida la fotografía como el método más fiel e instantáneo de captación y reflejo del objeto a representar, los pintores se sintieron al fin libres de la atadura que significaba la búsqueda del *parecido* para dejar volar las alas más fértiles de su imaginación, creatividad y construcción de nuevas expresiones y lenguajes.

Doble revolución artística por tanto a partir de la fotografía. La pictórica primero y la puramente fotográfica luego, cuando avanzado ese mismo siglo XX varias galerías de arte comenzaron a enmarcar imágenes en sus paredes, e incluso alguna decidió especializarse en un arte que nadie pondría ya en duda a partir de ese momento y que hoy día aparece intercalado con pintura y esculturas en las mejores colecciones contemporáneas, firmado en muchos casos por nombres claves en la historia más reciente del arte universal.

Brassai, Man Ray, Joseph Renal, Walker Evans, Robert Capa o Cartier-Bresson construyeron un linaje de imágenes que ha conformado decisivamente nuestra mirada y la visión que tenemos del mundo en tanto o mayor grado que lo pintado, y con posibilidades idénticas para la experimentación y el ensueño.

José María Parreño introducía recientemente con estas palabras una antológica de fotografías españolas en el recoleto e imprescindible Museo de Arte Contemporáneo Esteban Vicente de Segovia, y nos desvelaba al hacerlo una nueva clave sobre la existencia de la *otra cara* del ejercicio fotográfico, incluso del que podríamos etiquetar como más social, documental o testimonial, por utilizar términos tan imprecisos e incompletos, tan interesadamente amputados al ser nombrados casi siempre de forma recurrente y a secas, sin el apellido que supone la exposición también y a la par de su músculo interior, su pellizco más hondo, su alma migratoria más allá de una determinada época. Su trascendencia.

Su capacidad, en dos palabras, para viajar más allá de su tiempo de factura inicial, sin perder por ello un ápice de interés, de recreación, de mágica peonza puesta al servicio de la poética que acompaña a lo que aún está por llegar, por completar, por hacerse del todo con la aportación de visiones y revisiones futuras. La infinita capacidad de movi-

miento y paso al frente que tienen las imágenes fijas. Las que alguien fijó un día en el círculo infinito de su objetivo para que no dejaran nunca de rodar hacia el mañana, como se impulsa hacia adelante un aro o se hace rodar una moneda.

La cara y la cruz de lo que parece que *está ahí*, sin más, y sin embargo nunca *está ya...* del todo. La cara oculta de la luna, pero también de lo más terrenal. El lado abstracto del realismo, la otra acera de la verdad aparente, y sobre todo y ante todo la otra orilla de la emoción, el otro *tempo* del vibrar o el respirar ante un poema, una pieza de música, una escultura.

O unas fotografías de Peter Witte.

Míralas...

Un muchacho en pantalón corto de apenas doce años sostiene una bandeja de barquillos, con sifón al fondo, mientras mira más que con el rabillo, con el ombligo del ojo a un posible cliente y aprieta nervioso los dientes porque la venta quizá está al caer...

Una calle nevada de aquel Madrid de los años sesenta, con mi memoria tiritando invisible en algún lugar de la foto mientras los coches y los peatones resbalan mezclados en una calzada sin más pasos de cebra que la selva del frío y las rayas de nieve...

Una joven pareja con corbata recién estrenada él y una primera falda por encima de las rodillas ella, camina su paga fin de mes Gran Vía arriba con las manos recogidas a escondidas y el garbo, se decía aún por entonces, de quienes tienen la vida por delante, la esperanza a flor de piel de un país que empezaba por fin a crecer...

Mírala, mírala, mírala, mírala...

Si la contemplación de una fotografía se entonara como se aborda una canción, ésta tendría sin duda uno de los estribillos más amados y añorados de cuantos han surcado los aires de nuestras calles en las últimas décadas. Celebración, rito, grupo, melancolía y la misma ilusión y mecheros en alto que brotaron tantas noches sobre las cabezas y las notas de un himno generacional que todos los madrileños cantamos alguna vez.

Y quizá sea ésta una magnífica ocasión para haberme llamado *madrileño* de forma espontánea, y lo que es aún más grave y sintomático -dramático, ma non serio..., diría un

italiano-, para haberme escrito e inscrito *madriileño* por primera vez en mi vida, como quien firma y levanta acta notarial del hecho.

Para que no quepa duda. Para que no quede tampoco más remedio que reconocerse en los pasos de una vida y proclamar también con la palabra escrita algo que ya había sido reclamado a voces desde todas y cada una de las vivencias y convivencias que uno fue dejando en cada esquina, en cada bocacalle, en cada cita y amigos y taxis y madrugadas y lecturas y quehaceres y túneles del metro y cumpleaños y caricias y versos tallados en la piedra, sin pulir nunca del todo, de este aquelarre sin tregua ni horarios ni calma ni fronteras llamado Madrid.

*El futuro de todas las aceras
que me trae el recuerdo.*

*Nombres que ya se han olvidado
y portales como arcos
donde hicimos ciudad
y la ciudad se acuerda...*

A mediados o a finales de los años 70 –póngale cada uno al lance la fecha que considere oportuna-, y consumidas ya tres cuartas partes del siglo XX en distintos eventos y aspavientos de la historia española, nuestro país estalló en democracia y Madrid tardó muy poco en empuñar y abanderar a su manera aquel unánime salto de pértiga protagonizando una inmensa ola de creación y vitalidad. Un tsunami de vida y euforia y travesura y urgente recuperación del tiempo perdido, como si el mar de la libertad que se había retirado historia adentro, regresara ahora a esta ciudad sin playa, pero con marejada siempre, con la fuerza redoblada que dan las ganas de emerger otra vez a la superficie para arrasar lo gris con inmensas paletadas de colores.

La llegada sin bridas de una nueva generación que tomó los foros con el apetito y las calles con el hambre de quienes no estaban dispuestos a que a Madrid se le escapara otra vez el tren de infinitas mercancías que ponían ante ella las nuevas circunstancias, ahora que conquistada la libertad las ideas podían estar al fin por encima de las ideologías y la noche a la par que el día, sin más toque de queda que el de *quedar* sin descanso a cualquier hora y *quedarse* al tiempo con cualquier persona, proyecto, cita, tarea, despropósito, cubalibre, verso o quimera que nos saliera al encuentro.

Se trataba ante todo y por encima de todo de ser exploradores en nuestra propia ciudad y confeccionar el milagro que significaba aparcar cada noche en una manzana de Madrid con la misma ilusión y expectación con que llega un viajero al sitio de sus sueños, su mayoría de edad, o simplemente su fe a ciegas. Porque es cierto que teníamos todas las llaves, pero también que nos faltaba encontrar aún las puertas. Porque es cierto que teníamos todos los cristales y todas las ventanas y todas las miradas aguardando el hallazgo... Pero el hallazgo de qué. No lo sabíamos, pero estábamos dispuestos a todo por conseguirlo.

Teníamos la juventud. Teníamos la vida por hacer. Teníamos tiempo.

Una auténtica *movida* social, lúdica y cultural que tuvo lugar bajo la atenta mirada de ese icono arquitectónico que desde los tiempos de Carlos III significó siempre para los habitantes de esta villa su Puerta de Alcalá. Cinco ojos de par en par abiertos al mundo que se pintaron aquellos días sus mejores galas y colores para sumarse a la fiesta de la luz restablecida y la música por fin de todos y para todos, por fin coral.

Mírala, mírala, mírala, mírala...

Pero para mirar a fondo hay siempre que mirar un poco más allá. Un poco más atrás y también un poco más adelante. Tomar una fecha transitiva –hagamos *adjetivo* de una vez y para siempre de la palabra *Transición*- y transitarla, contemplarla, reflexionarla desde los tiempos que le sirvieron de preámbulo necesario a mediados de los años sesenta hasta aquellos finales de los ochenta que nos la presentarían acontecida ya, servida sobre la mesa de la historia y con sus mercancías distribuidas los mil nuevos mundos de un Madrid que había comenzado a ponerse al día en los bares y acabó modernizándose del todo en los locales, estudios, talleres, oficinas, teatros y negocios que cada uno se sacó de la manga, unas más anchas que otras. Unas para multiplicar, otras simplemente para salir adelante.

Veinticinco Años arriba abajo, veinticinco años más o menos, aunque aquí la suerte circula como siempre por barrios y cada cual debe situar la punta y el cabo de aquel puente hacia la normalidad donde su albedrío disponga más acorde a su forma de pensar o recordar el *Tránsito*...

Magia panorámica y escalofrío de la memoria en todo caso cuando uno se reconoce de pronto formando arte y parte de una *Biografía Colectiva* tan atenta, sensible y sutilmente

incisiva como la que Peter Witte recogió con su cámara durante aquellos años decisivos en la historia de Madrid. Y en la de cada uno de nosotros.

Cartier-Bresson llamaba también *momento decisivo* al cometido final del fotógrafo que rastrea y desgasta a pie de calle los bulevares más públicos o los patios más interiores de las ciudades a la espera de una oportunidad que cruce ante su objetivo y le permita captar un instante especial.

La *instantánea* inesperada más esperada de todas...

Un *momento decisivo* que sin embargo no lo será nunca del todo hasta que el ojo, la cabeza y sobre todo el latido repentinamente acelerado de quienes se aproximen al mismo le otorgue a ese documento gráfico el único certificado que existe de verdadera eternidad. El de cualquier ser humano que mucho tiempo después de su factura vibre aún de nuevo ante la contemplación de algo que creíamos efímero y meramente circunstancial.

Y es aquí donde se estrellan finalmente todas las previsiones que levantan acta de prematura defunción artística frente al también llamado *documento de época o fotoperiodismo*. Todos los que creyeron un día que *la fotografía existe y ya está...* sin haberse parado a pensar por ejemplo que toda fotografía que uno contempla del pasado sale movida siempre...

Y mucho más si se trata de un pasado en el que tú también estuviste incluido.

Imágenes que se hacen, deshacen y rehacen sin descanso. Sin final tampoco. Unas fotografías que es justo en ese momento cuando traspasan el límite de lo cotidiano para convertirse en obra de arte. En obra de *emoción provocada* al otro lado del tiempo y de la edad, cualquiera sea su escuela, su vocación de partida, su apego terrenal o su inquietud celeste.

Peter Witte bautizó en alguna ocasión su trabajo con el nombre de *fotografía espontánea*. Me sumo con entusiasmo a ese *carpe diem*, pero creo sinceramente que la espontaneidad no existe nunca desde el instante en que alguien sale a buscarla, como hizo Witte en su momento con una sugerente y fértil mezcla de pasión latina y disciplina germánica a las que ahora tanto debemos.

Estas fotografías son espontáneas sin embargo en sentido etimológico, porque el diccionario vuelve una vez más a depararnos una lección o magia inesperada cuando nos

revela –como revela imágenes el líquido fotográfico–, que la palabra castellana procede de la latina *Sponte, voluntariamente...*

Peter Witte tiene razón por tanto. Sus fotos son espontáneas, o por decirlo aún de forma más completa y avalada por la teoría de la evolución que es siempre un diccionario..., *voluntariamente espontáneas.*

Míralas...

Un sillón hecho trizas en mitad de un descampado con rascacielos recién emergidos al fondo, mientras su respaldo ha arrojado ya la toalla y aguarda tranquilo y destripado a que el infinito y altivo tresillo de las grúas se asiente en su lugar muy pronto...

Un hombre con prisa y vespa y estación de Atocha al fondo atraviesa con susto aún el estratosférico espacio de la ciudad lanzada de pronto a los aires del cemento armado y su primer *scalextric...*

Una estatua a caballo de un autobús, o viceversa, o un simple efecto óptico con *seat seiscientos* al fondo y ángel alado en primer término elevando un dedo que no se sabe si sigue regañando solemne como en los viejos tiempos, o anuncia festivo lo que está por llegar...

La cámara en vilo de Peter Witte tomando nota de todo, el percutor silencioso, el encuadre a hurtadillas, el disparo fugaz, la imagen presa, el gesto atrapado, el rapto al paso, el espía discreto. La *espontánea voluntariedad* de quien salió curiosidad en ristre a buscar la ciudad y acabó, por supuesto, encontrándola muy pronto. Porque había llegado al sitio adecuado y en el momento justo, una ciudad que juntaba como pocas entonces el hambre con las ganas de comer, la precariedad con la ilusión, las raíces de la oscuridad con las frondosas ramas de la luz más esperada.

Witte y Madrid, la conjunción perfecta. No hacía falta nada más. Un fotógrafo vivo para una ciudad que quería vivir, un espíritu despierto para una ciudad que comenzaba a desperezarse y a apropiarse a la vez de sus propios pasos. Un Madrid en el que casi nadie se reconocía madrileño, quizá, pienso ahora, porque lo que uno es –moreno, alto o bajo, ojos azules o castaños– no necesitas decirlo ni hacer alarde de ello. O tal vez tan sólo porque las historias de amor eterno son como esas heridas profundas que tardan un segundo en abrirse y una vida entera en cerrarse del todo, y aun así sin haberse curado nunca.

Amores movidos, como les sucede siempre a las mejores fotografías y a las aguas profundas de la memoria. Como ahora me acaba de ocurrir a mí mismo.

Porque Confieso que llegué hasta estas fotos de Peter Witte como llegué un día a Madrid a principios de los años sesenta, empujado por las circunstancias. Con curiosidad, sí, pero desconcertado también, distante, sin demasiadas ganas.

Pero sin imaginar tampoco el breve espacio de tiempo o de asfalto –adoquines entonces– que iba a transcurrir hasta que aquel niño recién llegado a la capital se pusiera a disparar a un lado y otro sus dos ojos. Los que ahora ante estas fotos me han hecho comprender que hay un ojo que ve y otro ojo que siente, igual que existe un mirar a secas y una mirada a cántaros, un vistazo sin más y una mirada a fondo. Un ojo que cree pisar tierra firme y otro ojo que de pronto se eleva o se despeña.

Porque alguien debería explicarme con urgencia qué quieren decir o qué nos quieren decir exactamente estas secuencias vividas o revividas o nunca vividas del todo –la memoria es como un jersey muy usado, ensancha siempre...– que vienen repentinas a ocupar nuestra mente, nuestro aquí y ahora, este que somos y aquel que tal vez fuimos algún día.

Cuerpo o alma. Belleza o Vértigo. Retratos de carne y hueso o imágenes de carne y humo. Regreso sin más al desnudo recuento de los hechos o salto de pronto al abismo desde el abstracto vaivén de la memoria. Artefacto extraño, hermoso reloj con el mecanismo desajustado, *blog mágico que anota y borra a la vez* del que Freud nos imbuyó y previno al tiempo en tantas ocasiones.

La *fotografía existe*, es cierto, pero no acaba nunca de estar.

No es sueño la vida.

*Nos caemos por la escalera
para comer la hierba húmeda
o subirnos al filo de la nieve
pero no hay olvido ni sueño:*

carne viva...

Federico García Lorca –uno de los más cívicos, cabales e inolvidables habitantes que tuvo nunca Madrid- tenía el don y el duende de no dejar jamás de ser niño. De cantar sin descanso a cuanta belleza le salía al paso y de poner también como ellos el dedo siempre en la llaga.

Y en *carne viva* quedé poco a poco atrapado según miraba atrás y transcurrían ante mis dos ojos, y más aún ante mis muchas manos –las del niño que tocaba todo con los dedos, las del joven que aprendió después a acariciar en los portales de la ciudad, las del adulto al que un día pusieron en sus brazos el cuerpo recién nacido de sus hijas, las del estremecimiento sin edad que apretaron una madrugada los dedos muertos del padre- las fotos de Peter Witte.

La mirada crecida de golpe, o todo lo contrario, el hombre crecido que vuelve de pronto a las andadas, a lo ya recorrido, a lo que sabe ahora que no había acabado aún de recorrer, porque la fotografía existe, pero nunca está del todo.

O quizá, y no me importa recordarlo otra vez ahora que ya lo sabemos, porque toda fotografía que uno contempla del pasado sale *movida* siempre...

Estación del Norte en Madrid, una mañana cualquiera del invierno más crudo, años sesenta...

Los taxis de aquel tiempo eran negros, con una raya roja cruzándoles horizontal a la altura de las caderas y una vaca de metal en su tejado donde apilar los sueños y las maletas atadas con cuerdas de cuantos llegábamos a las distintas estaciones de tren de la ciudad, que no eran por entonces en Madrid tan sólo el legendario espacio donde vienen a dar los raíles, sino la incesante desembocadura también de un inmenso fluir de gentes de todas las edades, procedencias y estrecheces llegando en muchedumbre a la ilusión de la gran ciudad con sus ojos muy abiertos.

O digamos más precisos que llegando sin más a la esperanza de una vida mejor mientras apretaban los puños y agarraban con fuerza el asa de sus frágiles bultos deseándose suerte a sí mismos, y más suerte aun para la prole que solía acompañarles con escepticismo y fe ciega a la vez –las ganas y la necesidad obran siempre esta extraña simbiosis- en aquella aventura sin retorno.

Madrid Rompeolas de todas las Españas..., repetía la propaganda de la época, o dijo tal vez algún espíritu lírico del momento, pues ya se sabe que los poetas han prestado tam-

bién en ocasiones demasiado barniz a los pasajes más obtusos de la historia, ya sea por temor o por tibieza, o por hacer caso simplemente a esa anacrónica definición realacadémica que sigue considerando a la poesía como la más genuina expresión de la belleza. *¡Venga Vallejo y lo vea...!*

Y resulta indudablemente más hermoso hablar de un *Madrid Rompeolas* que de un *Madrid Aluvión*, como algunos cronistas más prosaicos rompieron a llamar a aquellos barrios periféricos que sin planificación y sin aceras, pero con todo el desparpajo, las ganas de sacar pecho y la bulliciosa aglomeración del mundo, comenzaron a crecer por todas partes, como comienza a crecer o a especular un niño cuando se enfrenta de pronto a una nueva experiencia que marcará el resto de su vida.

Vi a mi padre al fondo mucho antes de que él nos viera a nosotros. Bueno, la verdad es que quizá fue un segundo lo que duró aquella visión no correspondida, pero recuerdo ahora la escena en la estación del Norte de Madrid como una de esas estampas en las que se detiene el tiempo y caen las agujas de los relojes sobre nuestra memoria como auténticos pámpanos de hielo.

La imagen congelada de mi padre de pie mirando a un lado y otro junto a un vehículo negro con raya roja en medio y un señor con gorra que resultó ser luego el conductor de aquel taxi que nos trasladaría a nuestra nueva casa, nuestro nuevo barrio sin aceras, nuestra nueva ciudad.

La nueva vida que se intuía ya en la inquieta y voraz mirada de mi padre buscándonos entre la multitud, y mucho más aún en la sonrisa o el *plan de desarrollo* que construyó de pronto en su rostro cuando nos encontró por fin a los cinco detenidos bajo una de las enormes puertas con arcada de la antigua estación, desde donde yo le miraba callado, ajeno y distante desde hacía mil siglos.

Desde hacía quizá varias generaciones de familia pacida en otros prados, habitada en otros climas, labrada a manos llenas en otros escondites de la sangre donde los bueyes caminaban lentos y sin raya roja en medio, la lluvia tenía mil nombres y los charcos interpretaron con frecuencia el imborrable papel de haber sido nuestro primer juguete.

Un niño que permaneció mudo y atado con fuerza a la mano nerviosa de su madre, sin decirle nada de su descubrimiento paterno allá al fondo pues había dejado de hablarle desde que ella le anunció días antes la inminente partida y él pensó que le arrancaban a traición y contra su voluntad de su tierra natal, y para siempre.

Pero aquel taxista con gorra de visera me dio un caramelo, y un inesperado Madrid de menta se acomodó de inmediato en mi boca. Y en mis miradas también cuando mi padre se sentó junto al conductor y volviéndose hacia nosotros nos dijo que abriéramos bien los ojos.

En aluvión o en rompeolas, como queráis...

Mi padre tal vez no lo diría así, pero los niños fueron siempre los que mejor mezclaron lo prosaico y lo poético, la realidad y la imaginación, la historia y la leyenda, el blanco con el negro de cualquier época, y a congelar instantes, rostros, semáforos, transbordos, caricias y emociones me dediqué el trayecto completo de aquel interminable viaje llamado Madrid en el que aún sigo instalado tantos años después.

*Nombres que ya se han olvidado
y portales como arcos
donde hicimos ciudad
y la ciudad se acuerda...*

Lo que no podía imaginar entonces es que una de aquellas mañanas de los años sesenta -vamos a pensar incluso que fue el mismo día, pues la poesía no es sólo la expresión de la belleza, pero sí fue siempre la más atrevida licencia-, llegó a Madrid también una persona que con el paso del tiempo iba a resucitar de cuajo ante mis ojos el completo álbum de fotos de aquella mañana fundacional en la antigua estación de trenes, y de todas las que siguieron a ese día mientras la ciudad se transformaba poco a poco en metrópolis, la periferia en un lujo inalcanzable, los bloques en edificios inteligentes, la Estación del Norte en un Centro Comercial, la Gran Vía en la M-30, la oscuridad en democracia, el yermo en Postmodernidad, el niño en hombre.

La ciudad que enterró de una vez y por todas aquel *millón de cadáveres* de los que hablaba Dámaso Alonso en su demoledor *Hijos de la Ira*, para multiplicar cada año su censo de habitantes, de parque móvil, de antenas en los tejados y de ropa colgada en las ventanas que empezaron de pronto a ser terrazas primero, y luego una sucesiva aparición de acristalados bastiones cuadrículados cuando el salón de casa hubo que ampliarlo porque en realidad habíamos empezado sin darnos cuenta y desde hacía ya algún tiempo a ampliarlo todo.

Los bolsillos, los armarios, los estómagos, los días de vacaciones, los caballos del coche, incluso el albedrío cuando aquella ciudad que había celebrado la llegada del hombre a la luna antes incluso de que se celebrara la llegada de sus habitantes a la tierra de ser libres sin más, pudo acercarse al fin a su mayoría de edad, o al sufragio universal que supuso cantar todos a coro unas canciones que hablaban de libertad sin ira y tomaban al unísono la puerta de Alcalá como icono vivo, multicolor y alegre de una generación dispuesta a mover ficha y fechas definitivamente.

Trasbordo, Tránsito, Transformación, Transición...

Las fotos de nuestra vida saldrán movidas siempre. Belleza y Vértigo. Todo estaba en el aire aún, pero en el aire está y estuvo siempre también el sol, la luz, las nubes, los pájaros más libres, los nidos por hacer.

Míralas...

La estatua ecuestre de un antiguo monarca suspendida en el vacío, con balcones de plaza mayor al fondo mientras las cuerdas de una grúa sujetan firme la efigie que sigue en el aire pero firme, como escuchamos con miedo y devoción una noche de febrero las palabras de otro rey.

El poeta de la melena blanca como una velero enorme en su bahía de Cádiz –ese Oviedo natal que todos llevamos dentro–, da un recital con pizarra al fondo y versos inmensos como exilios en la misma ciudad donde habitó y escribió de joven su inolvidable *Arboleda Perdida*.

No sé quienes son ni dónde están exactamente. Hacen cola, como tantas veces en Madrid, o se manifiestan, o ha muerto el dictador o no quieren que vuelva, o levantan sus manos blancas contra el crimen más absurdo y a destiempo de todos. Basta ya...

Las fotos de nuestra vida saldrán movidas siempre.

Las movió la historia, las movimos nosotros caminando con ella. Nos las movieron también desde el primer día que llegamos a esta ciudad y mi padre al fin nos vio, mi madre corrió hacia él sin soltarnos nunca de la mano y un taxista con gorra de visera me dio un caramelo que se llamaba Madrid. El cuentakilómetros o el sabor de cada lugar comenzando otra vez a masticarse en mi boca.

Rompeolas o aluvión, qué más daba. Madrid sería ya eternamente de menta. Cambiaba de paisaje, pero no de color. Mi patria es siempre verde.

Kilómetro cero ponía y sigue poniendo la leyenda grabada en un trozo de acera de la Puerta del Sol. *Kilómetro cero* en una ciudad a la que los suyos no amaron nunca por convicción, lengua, tribu o solar de procedencia. A Madrid se la amó siempre porque sí, porque no, porque ni sí ni no, sino todo lo contrario. Y viceversa.

Amor fatal, amor siempre y qué..., amor siempre y cuando..., amor sin condiciones, condicionado siempre, porque no da facilidades ni hizo nunca demasiado por abrigar el frío, y sin embargo acabó dándonos todas sus bufandas, todos sus listines, las mil llamadas a mil puertas distintas que nos arrojaban las llaves de sus casas por el hilo telefónico con absoluta y suicida confianza cuando llamábamos desde aquellas enormes cabinas donde acudíamos borrachos de ganas y deseo cuando teníamos sed.

Cuando teníamos la juventud. Cuando teníamos la vida por delante. Cuando teníamos todo el tiempo del mundo en aquel tiempo.

Ciudad en el aire, ciudad sin pulir, ciudad sin acabar nunca, ciudad en perpetua transición. Foto movida siempre, y siempre con las mismas ganas de bajar la ventanilla que me entraron de inmediato en aquel primer taxi infantil. La mágica manivela que de pronto me abrió la ciudad de par en par –como se abrían paso en mi boca los sabores de aquel inolvidable e interminable caramelo- mientras caminábamos hacia un nuevo barrio sin aceras y nos daban o quitaban el paso unos guardias de la circulación con casco inmenso y uniforme aún más grueso, que Dios... qué frío hacía aquel invierno del sesenta y...

Y todo aún por aprender.

Cultura es lo que no conocemos, joven..., me dijo o espetó una tarde un viejo profesor devolviéndome bruscamente a tierra en una mesa redonda en la que participaba con ínfulas de insufrible poeta veinteañero en el Círculo de Bellas Artes de Madrid a principios de los años ochenta.

Aquella frase me enseñó algo que no he olvidado nunca. Tenía razón el alcalde Tierno Galván ante el que callé de inmediato ruborizado hasta el tuétano de mi supina ignorancia. Jamás habría pensado por entonces que cultura era y seguirá siendo siempre lo que todavía no conocemos.

No un cúmulo de saber, no el bagaje de datos, fechas y citas que uno sea capaz de almacenar, sino el almacén disponible aún, el hueco atento, el espacio libre, el negativo por revelar, las ganas de bajar otra vez y siempre que podamos las ventanillas de nuestra atención.

*Coleccionistas del aire
que respiramos.*

Pasión latina y disciplina germánica para seguir cámara en ristre retratándolo todo, retratándonos a todos. El ojo que nos ve y el ojo que nos siente. El carrete virgen, el folio en blanco.

*Niños que han crecido y aún juegan
a dejarse engañar por los transbordos.*

*El plano inabarcable
de la ciudad que pienso...*

La ciudad en la que aún creo.

Las aceras, los andenes del metro, el asiento de al lado, la ventana de enfrente, el descansillo de nuestro piso, los cines *Alphaville*, la *Residencia de Estudiantes*, el *Paseo de los Melancólicos*, la *Estatua del Ángel Caído*, el bar *Casa Prestada*, el *Café Comercial*, la cervecería *Cruz Blanca*, la *Cuesta de Moyano*, la librería *Hiperión*, la *Biblioteca del Ateneo*, la estación del autobús que lleva a Oviedo, el *Templo de Debod*, la *Diosa Cibeles*, los *Bares del Sur*, los *noviembres del Retiro*, el *Parque del Oeste*, una *exposición de Peter Witte* o esta alcoba sin más, con patio interior y ropa siempre al fondo colgada bocabajo –como la memoria-, desde la que ahora escribo.

Aprehender y *Aprender* fueron siempre los verbos más jóvenes. *Revelar* y *desvelar* les seguirían quizá en este ranking de urgencia.

Mirar a los demás y mirarse uno a sí mismo. Congelar instantes para abrigarse después a *sangre lenta* y *fácil fuego* con su recuerdo plural y su particular recuento. Vivir también

para no dejar nunca de existir en los ojos y las manos futuras gracias a artistas de lo efímero como Peter Witte.

Un fotógrafo -nacido en Alemania, recrecido en España-, que quizá haya alcanzado con la inauguración de esta exposición el momento oportuno para proclamarse a si mismo *madrileño*. O digámoslo de otro modo con una castiza frase de la tierra...

A lo hecho, pecho.

Porque si algo hemos aprendido con el paso de los años es que *ningún ser humano está ahí y ya está...*

Ninguna foto tampoco.

Y mucho menos las que creemos que pertenecen sólo a su tiempo. Las menos estáticas de todas.

Míralas, míralas, míralas, míralas...

Las fotografías existen, pero los ojos crecen.

Peter Witte

CAMINAR POR MADRID...

Peter Witte

Don Antonio llevaba una camisa blanca impecable. Un clip de oro adornaba su corbata de seda y sus zapatos negros brillaban como el marco del retrato de Franco detrás de su escritorio. Don Antonio me dio la mano: *Le deseo mucha suerte en el piso nuevo. Estoy seguro que allí se va encontrar a gusto.* Con cuidado dobló el contrato de alquiler que habíamos firmado momentos antes y lo metió en un sobre. La fianza de dos mensualidades que había dejado encima de la mesa desapareció detrás de la puerta de la caja fuerte, y don Antonio me acompañó hasta el ascensor.

Cuando salí del portal en la esquina de la calle Ballesta dos mujeres jóvenes de microfalda, fuertemente maquilladas, me enviaron una sonrisa seductora. Era la bienvenida del Madrid nocturno al nuevo inquilino, un inquilino todavía sin rumbo en esta ciudad que era tan diferente de las ciudades donde había vivido en otras épocas de su vida.

Cuando el Instituto Arqueológico Alemán me ofreció la posibilidad de trabajar como fotógrafo científico en su sede en España, Madrid era para mí una desconocida, una *Bella Durmiente* tras un seto espeso. La España que yo conocía a través de libros y otras publicaciones formaba un *mixtum compositum* de Felipe II, el Escorial, los Reyes Católicos, Córdoba, Sevilla, Goya, Velázquez, Don Quijote y Franco. Sabía más sobre el Museo del Prado que sobre el mismo Madrid.

Cuando vi la ciudad por primera vez, en la lejanía me parecía una Fata Morgana, emergiendo de la llanura parda de Castilla, bajo el sol feroz de un polvoriento atardecer de julio. Había sido un año de sequía. El verde de los árboles era pálido y para mí, recién llegado de las orillas del Rin, Madrid tenía un aspecto desértico. Además me parecía pequeña en su extensión, para una ciudad de casi tres millones de habitantes.

Esta impresión cambió cuando pasé el límite urbano y me sumergí en la densa red de sus calles. Me di cuenta de que Madrid, a diferencia de las ciudades centroeuropeas, en vez de extenderse horizontalmente se estiraba hacia el cielo. Gran parte de la ciudad estaba formada por grandes rectángulos altos de piedra y ladrillo con patios interiores, poblada por una infinidad de hombres, mujeres y niños que parecían encontrarse en continuo movimiento.

Las terrazas estaban llenas de gente que disfrutaba del incipiente frescor de la tarde, y los policías de tráfico, con sus cascos blancos, intentaban despejar el caos de los vehículos a base de continuos pitidos. La *Bella Durmiente* empezaba a despertarse, y mi curiosidad por vivir y trabajar en este mundo tan diferente aumentaba con cada uno de los pasos que me guiaban a mi futuro hogar en el barrio del Niño Jesús.

La búsqueda de este hogar había sido complicada. Las primeras cuatro semanas las había pasado provisionalmente en un caluroso ático en la Avenida del General Perón con vistas a la Avenida del Generalísimo, en un Madrid de ladrillo rojo donde el grito “gool” del cercano Bernabeu se multiplicaba los fines de semana. No me acababa de gustar aquel barrio, con su emergente boom constructivo y su ambiente de ciudad americana. Buscaba otro Madrid, un Madrid más acogedor, más a la medida del hombre.

Lo encontré caminando por la tarde por las calles de la ciudad, cuando el sol había perdido su fuerza y los porteros con sus uniformes grises ya estaban vigilando los portales, donde, a veces, colgaba el cartel *SE ALQUILA PISO*. Era este el Madrid del Parque del Retiro con su gran atractivo de espacio verde tan bien cuidado, con sus rincones románticos. Un Madrid tranquilo al que quedaban todavía unos pocos años de calma, un Madrid donde el sonido de los tenedores preparando los huevos para la tortilla llenaba cada día los patios interiores, acompañado por la voz sensual de doña Elena Francis, la consejera espiritual, a través de las ondas del transistor.

No tardé mucho en observar que la vida de los madrileños transcurría en sus barrios. Los vecinos se encontraban en la calle, compraban en la tienda *de siempre*, tomaban el café en el bar de la esquina, charlaban en sus portales y en vez de desplazarse, como hoy, al centro comercial en las afueras de la ciudad para hacer sus compras de toda la semana, iban al mercado del barrio que era una especie de gran teatro del mundo.

Madrid me fascinaba. Desde el primer día caminé con la cámara por las calles y plazas de la capital. Se dice que *Madrid es mucho Madrid*, una ciudad que hay que buscarla, y nada mejor que buscarla andando. Andando por las siete colinas donde durante siglos los habitantes habían construido sus casas, iglesias y palacios, desde la prehistoria hasta el siglo XXI. Andando descubrí que Madrid eran muchos *Madrides*, pueblos pequeños dentro de la gran ciudad, mundos semi-autóctonos, orgullosos de su existencia, mundos, a veces agradables, otras menos, pero siempre interesantes y habitados por una multitud polifacética de personas, que han sido mis motivos preferidos.

Los habitantes de los diferentes *Madrides* vivían normalmente dentro de su microcosmos, sin interesarse mucho por lo que pasaba en otras partes. Pero los fines de semana cruzaban las fronteras invisibles de su barrio para reunirse con personas llegadas de todos los barrios de la ciudad en dos sitios emblemáticos: El Parque del Retiro y el Rastro. Me atrajeron desde que entré en ellos por primera vez. Eran, y siguen siendo, puntos de reunión donde, aparentemente, no hay diferencias de clase entre los visitantes, vengan de donde vengan. Les une el deseo de escapar de la rutina semanal, la curiosidad de ver toda clase de objetos singulares y extraños, las ansias por descubrir y comprar algo excepcional y por pasarlo bien.

Los *actores* de ambos escenarios eran diferentes. Los del Retiro se dedicaban a la música, al teatro callejero, a la pantomima o al dibujo, mientras que a los del Rastro les interesaba vender lo posible e imposible, rodeados de una muchedumbre impresionante.

Los dos sitios ofrecían un sinfín de motivos y tenían una enorme atracción para mí. Hubiera podido dedicar todas las mañanas del domingo a visitarles con la cámara, pero a veces es preferible cambiar de sitio. Hay que buscar también los pequeños escenarios, los rincones escondidos donde los protagonistas son los niños del barrio y las señoras con sus perritos.

Hasta el último día de mi estancia en Madrid no he cesado de descubrir sitios para mí hasta entonces desconocidos.

Esta exposición representa sólo un pequeño recorte de los resultados de mis paseos, una ventanita desde donde se puede contemplar parte de la vida diaria de nuestra ciudad. Digo *nuestra* porque durante treinta y cinco años he sido parte de este experimento sociológico, político y arquitectónico que se llama Madrid. Lo he vivido, lo he disfrutado y lo he sufrido, igual que millones de personas que habían llegado de los cuatro puntos cardinales para encontrar aquí su medio de vida y su hogar.

Fotográficamente los primeros quince años de mi vida en Madrid fueron tal vez los más fructíferos. También fueron años clave en la nueva historia de la capital de España, años de la efervescencia del cambio, años llenos de imágenes nuevas.

Madrid y sus habitantes no ponían impedimentos para ser fotografiados. Parecía que en parte les gustaba ser actores en el escenario de su ciudad. En muchos casos existía casi una complicidad entre fotógrafo y objeto, una actitud que en otros países de Europa ya

estaba en trance de desaparecer. Exceptuando el comportamiento de las fuerzas del orden público se podía hablar de una cierta inocencia de los madrileños frente a la cámara, correspondida al principio por cierta inocencia del fotógrafo que absorbía las imágenes nuevas como una esponja, sin ideas preconcebidas.

Mi vida profesional se desarrollaba en gran parte fuera de Madrid, en las excavaciones y museos de la Península Ibérica. Estuve viajando continuamente. Empecé a adentrarme en el mundo de la arqueología y de la historia de España y, al mismo tiempo, en el mundo socio-político. De la misma manera empecé a tomar parte, a través del objetivo fotográfico, en el proceso de cambio que se vivía en Madrid. Seguía caminando por las calles de la ciudad, pero ya sin la mirada inocente. Tenía un concepto de lo que me interesaba a mí y, a veces, a los periódicos alemanes. España estaba en el punto de mira de Europa que contemplaba el lento desmoronamiento del régimen de Franco, interesándose por todo lo que pasaba al otro lado de los Pirineos.

El punto de máximo interés era Madrid. A causa del trabajo de los corresponsales extranjeros, de los fotógrafos y de las cámaras de la televisión la *Bella Durmiente* se despertó definitivamente. Sus rasgos, hasta ahora poco definidos en el extranjero, ganaban perfil. Cuando Franco murió, Madrid se había convertido en la capital europea que más cobertura mediática tenía. Como efecto secundario la balanza de la eterna rivalidad entre Madrid y Barcelona empezaba a favorecer al lado madrileño. Aquí se jugaba el futuro del país.

Por todas partes en la ciudad iban apareciendo testimonios pictóricos comentando la situación política. Aunque muchos de ellos carecían de valor estético sí tenían valor documental.

Había auténticas obras de arte, como algunos graffiti en el campus de la universidad de Somosaguas, la concentración máxima de graffiti de la transición en Madrid.

Gracias a la fotografía muchos han sobrevivido a la limpieza posterior y es de esperar que algún día alguien escriba la historia de este arte gráfico-político en Madrid.

La transición brindaba una infinidad de motivos que animaron a acercarse a ellos con la cámara. Volvían los escritores exiliados a la ciudad donde antes habían celebrado sus grandes éxitos, y salían los presos políticos de sus celdas. Y el pueblo de Madrid les acompañaba a todos.

Algunos de los exiliados, al principio, no vinieron a quedarse. Querían respirar el aire del cambio antes de tomar una decisión definitiva. Su paso por Madrid era fugaz como el de Ramón J. Sender, con quien me encontré por pura casualidad en la Feria del Libro en el Retiro. Sender había llegado de California poco antes y estaba reunido en una de las casetas con varias personas que no había visto desde hacía más de treinta años. Era conmovedor verle saludar a compañeros y familiares, mientras gran parte del público de la feria pasaba, sin apenas darse cuenta de este encuentro histórico, que quedó grabado por mi Leica.

También en la Feria del Libro me encontré en los años setenta con otro caminante por los barrios de Madrid: Luis Carandell, cuyo libro *Vivir en Madrid* me había servido como guía para introducirme en el mundo de la capital de España. Coincidimos de vez en cuando en los años siguientes y el tema principal de nuestras conversaciones casi siempre era la vida de la metrópoli del Manzanares. Cuando Luis murió, prematuramente, Madrid perdió un gran cronista.

El principio de la democracia fue una época ideal para la fotografía de la vida política. Las normas rígidas del estado absolutista iban suavizándose y con ello disminuía la omnipresencia de las fuerzas del orden. Las normas nuevas todavía no se habían establecido definitivamente y los mismos políticos querían acercarse a los ciudadanos. La poca distancia existente entre los fotógrafos y los nuevos gobernantes se manifestaba en imágenes en blanco y negro impresionantes. La época de la transición también era, a mi entender, el comienzo de Madrid como *ciudad de la fotografía*, tarea que ahora culmina cada año con la celebración de PHOTOESPAÑA.

Después de haberse calmado la efervescencia del cambio, la vida de Madrid tomaba otro rumbo. La capital de España, Madrid, quería convertirse en una gran capital dentro de la Europa Unida, un proceso que sigue su camino y *hace caminar* a los madrileños. Barrios donde los vecinos antes vivían en un ambiente tranquilo y agradable se convirtieron en barrios repletos de coches y sus pequeñas tiendas en oficinas pobladas de ordenadores. Portales de donde durante generaciones salían artesanos con su maletín al hombro se convertían en entradas acristaladas de boutiques de alto standing y restaurantes de lujo. No quedaba sitio para los habitantes de antes y ellos lentamente hacían sus maletas y empezaban su viaje a los barrios periféricos, dejando sus casas en manos de los agentes inmobiliarios.

Mis caminatas por las calles del casco urbano ya parecían caminatas de despedida de una época, de un estilo de vida, y también de muchos vecinos conocidos.

La vida de Madrid que antes se contaba en décadas ya se contaba en años. El ritmo de la ciudad, que nunca había sido lento, se aceleraba. Llegaron más personas de todo el mundo y de todos los colores para buscar fortuna en la capital. Con su llegada cambiaba la fisonomía humana de algunos barrios y también las relaciones entre el fotógrafo y sus *modelos*.

Los tiempos cambian y nosotros cambiamos con ellos, decían los romanos. Muchas veces la gente en la calle ya mostraba su descontento cuando veía una cámara. La fotografía espontánea empezaba a complicarse. Debido a la televisión y a la prensa el público había perdido su inocencia. Sabía qué consecuencias podía tener una foto inesperada y trataba de conservar su intimidad, hasta en la calle.

Una manera de fotografiar, que mundialmente ha creado tantas imágenes memorables, se volvía difícil. Todavía recuerdo el momento en que un vendedor furibundo en el Rastro, sin aviso alguno, me puso su largo bastón en el pecho, amenazando con romperme la máquina si yo me atrevía a fotografiar sus pertenencias expuestas en la calle.

Henri Cartier-Bresson, el gran maestro francés de la fotografía espontánea y hombre del *momento decisivo*, decía en una entrevista a finales de los años 90 que para él ya no iba a ser posible repetir parte de sus famosas imágenes de los parisinos por la desconfianza que las personas tenían ya de los fotógrafos.

Ahora las cosas han cambiado otra vez. Con la aparición de los teléfonos móviles con cámara incorporada ni la desconfianza salva de ser fotografiado. Hemos entrado en el mundo de la *imaginización* total, coloreada, rápida e inmediata.

Hoy, en la era de la digitalización, caminar por las calles de Madrid con la cámara *clásica* de película en blanco y negro, podría parecer tan fuera de época como los caballeros de capa, las niñeras de delantal blanco y los triciclos oxidados del Retiro, pero no lo es en absoluto. Aun en el siglo XXI, la fotografía en blanco y negro sigue reflejando de una manera muy especial los contrastes que siempre han caracterizado Madrid.

Peter Witte

Fotografías de
Madrid
1965-1990



Las bicicletas del Retiro, 1965

IN 2006/13/1



¡Gool! (El Retiro), 1965

IN 2006/13/55



Dos reyes en su exilio en El Retiro, 1965

IN 2006/13/80



La castañera de la Puerta de Alcalá, 1965

IN 2006/13/56



Delante del Casón del Retiro, 1965

IN 2006/13/81

Madrid
1965-1990



La Maja de hormigón, 1965

IN 2006/13/57



Los niños de Velázquez, 1965

IN 2006/13/58



Las hijas del portero (Glorieta de Sevilla), 1965

IN 2006/13/79



La familia (El Retiro), 1965

IN 2006/13/59



Encuentro en El Rastro, 1965

IN 2006/13/2



Dos amigos (El Rastro), 1965

IN 2006/13/3



El padre y los pequeños diablos (El Rastro), 1965

IN 2006/13/4



Rastro, 1966

IN 2006/13/60



El perro del anticuario (El Rastro), 1966

IN 2006/13/61



El angelito de ocasión (El Rastro), 1966

IN 2006/13/98



Mirando al Rastro, 1966

IN 2006/13/62



Saliendo del almacén (El Rastro), 1966

IN 2006/13/63



El poder del dinero, 1966

IN 2006/13/53



El ave Fénix, 1966

IN 2006/13/54



Puerta del restaurante Botín, 1967

IN 2006/13/52



Pasando por la Cibeles, 1967

IN 2006/13/42



El oso y el madroño (Puerta del Sol), 1967

IN 2006/13/45



Concierto en El Retiro, 1967

IN 2006/13/41



El león (Las Cortes), 1967

IN 2006/13/39



Mercado de San Miguel, 1967

IN 2006/13/84



Mañana en la Plaza de Santa Ana, 1967

IN 2006/13/20



Vecinos del Barrio de los Austrias, 1967

IN 2006/13/83



Luz y sombras (Cuchilleros), 1967

IN 2006/13/43



Bodega, 1967

IN 2006/13/46



El gato del florista, 1967

IN 2006/13/82



Mi transporte preferido, 1967

IN 2006/13/38



Metro Sol, 1967

IN 2006/13/36



Invierno madrileño (Plaza del Niño Jesús), 1967

IN 2006/13/34



Avenida de América, 1967

IN 2006/13/19



La última conferencia de Adenauer en el extranjero, Ateneo, 16 de Febrero de 1967

IN 2006/13/51



“La Mexicana” (Gran Vía), 1967

IN 2006/13/48



La pareja (Gran Vía), 1967

IN 2006/13/47



La pescadera y su hijo (Mercado de Ibiza), 1967

IN 2006/13/35



Pidiendo limosna para la parroquia, 1967

IN 2006/13/33



Vendiendo barquillos en la Gran Vía, 1967

IN 2006/13/50



La fuente de los conductores (Cibeles), 1967

IN 2006/13/37



El librero, 1967

IN 2006/13/18



Nochevieja (Puerta del Sol), 1967

IN 2006/13/16



El breviario (Gran Vía), 1967

IN 2006/13/49



La Guitarrería (Plaza de Chueca), 1967

IN 2006/13/44



La Chunga, 1967

2006/13/40



Caminando a casa (El Retiro), 1967

IN 2006/13/17



Cabalgando para Nuestro Jesús de Medinaceli, 1967

IN 2006/13/31



La mirada, 1968

IN 2006/13/32



Señoras penitentes, 1968

IN 2006/13/30



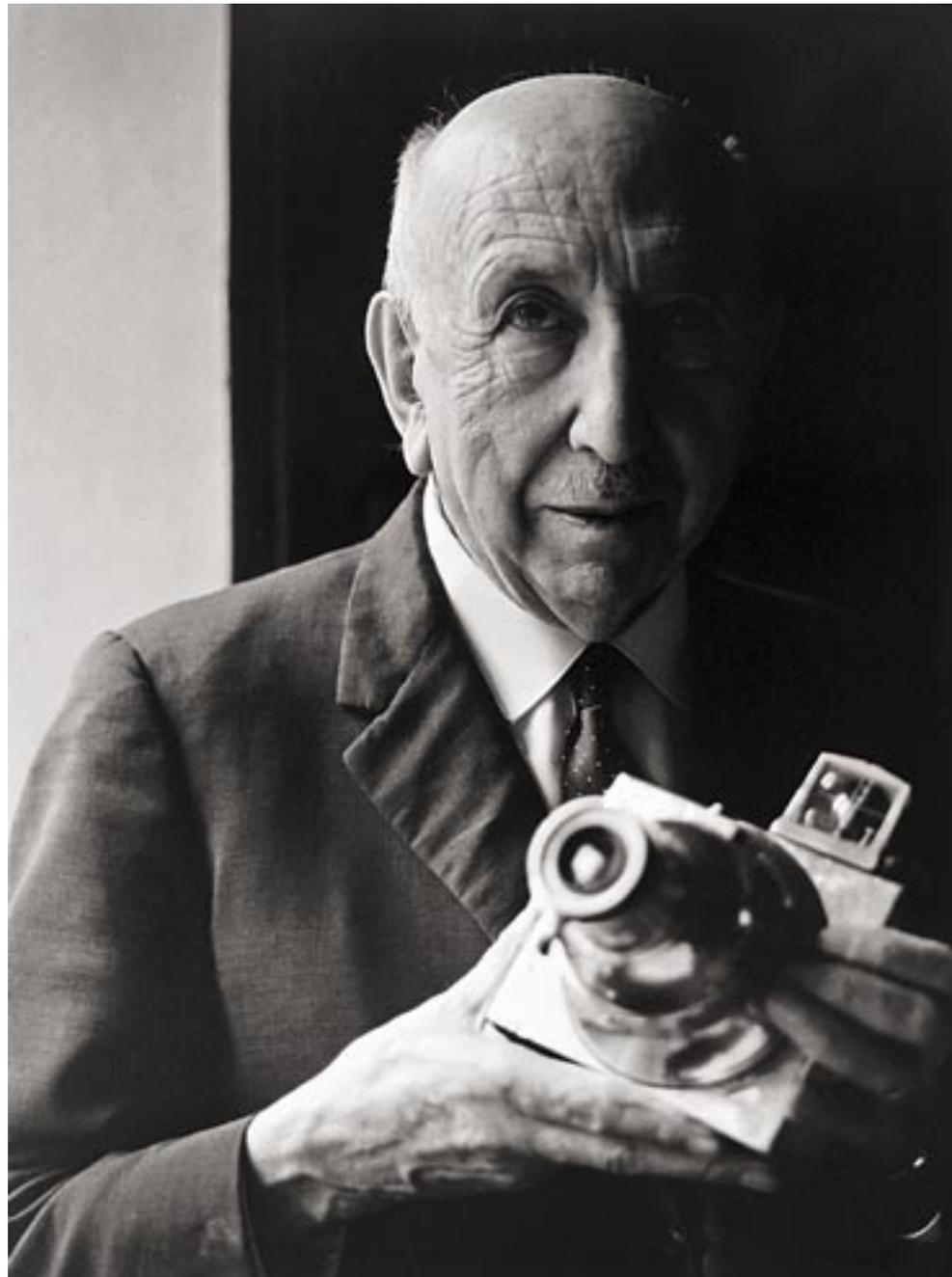
Niño penitente, 1969

IN 2006/13/29



Fiesta del Círculo Catalán, 1969

IN 2006/13/7



José Ortiz Echagüe, 1968

IN 2006/13/13



Taller de muñecas en el Rastro, 1979

IN 2006/13/101



El chico y el león (Plaza de Oriente), 1968

IN 2006/13/11



Homenaje al Scalextric, 1968

IN 2006/13/85



Maletillas en la Casa de Campo, 1968

IN 2006/13/28

Madrid
1965-1990



La corrida goyesca, 1968

IN 2006/13/15



Los aficionados (Las Ventas), 1968

IN 2006/13/14



No hay mucha venta a la hora de la siesta, 1968

IN 2006/13/8



Las gambas de la Casa de la Abuela, 1968

IN 2006/13/9



Esperando a la clientela (Calle Castelló), 1968

IN 2006/13/10



Encuentro de las culturas (Plaza de Santa Ana), 1969

IN 2006/13/86



Porrina de Badajoz (Festival de Flamenco, Cine Salamanca), 29 de Diciembre de 1968

IN 2006/13/27



Calle de la Cruz, 1969

IN 2006/13/26



Diálogo bajo la lluvia (El Rastro), 1969

IN 2006/13/64



Benfencia I (El Rastrillo), 1970

IN 2006/13/25



Beneficencia II (El Rastrillo), 1970

IN 2006/13/24



Paseando por la Gran Vía, 1971

IN 2006/13/88



Plaza de Oriente, 35 aniversario de Franco, 1971

IN 2006/13/22



Plaza de la Cruz Verde, 1970

IN 2006/13/5



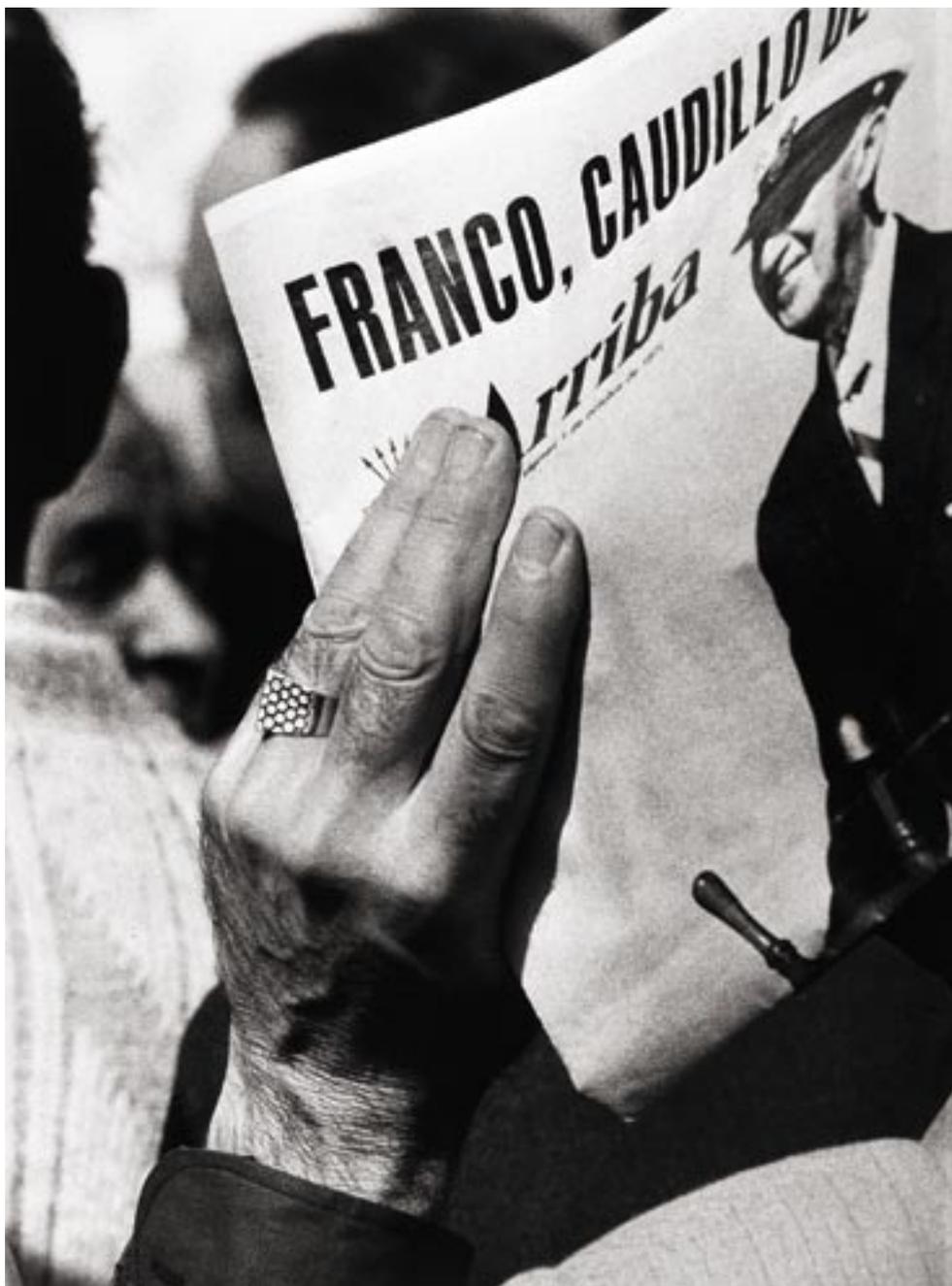
Mañana del domingo, 1970

IN 2006/13/6



Felipe vuelve a la Plaza Mayor, 1971

IN 2006/13/87



Plaza de Oriente, 35 aniversario de Franco, 1971

IN 2006/13/23



El modelo clásico madrileño (Calle de la Cruz), 1972

IN 2006/13/21



Primer "Entierro de la sardina" después de la prohibición por Franco, 1974

IN 2006/13/100



Claveles para Franco, Marzo 1975

IN 2006/13/90



Esperando para dar el último adiós a una época (Puerta del Sol), 20 de Noviembre de 1975

IN 2006/13/67



Homenaje a Agustín Lara en La Latina, 1976

IN 2006/13/70



La noticia esperada (Cibeles), 20 de Noviembre de 1975

IN 2006/13/66



Vendedor de lotería (Puerta del Sol), 1975

IN 2006/13/68



Las vendedoras (El Rastro), 1985

IN 2006/13/76



Vendedor de barquillos (Mercado navideño, Plaza Mayor), 1981

IN 2006/13/96



Música en la calle, 1981

IN 2006/13/93



El niño con el globo (Mercado navideño, Plaza Mayor), 1981

IN 2006/13/95



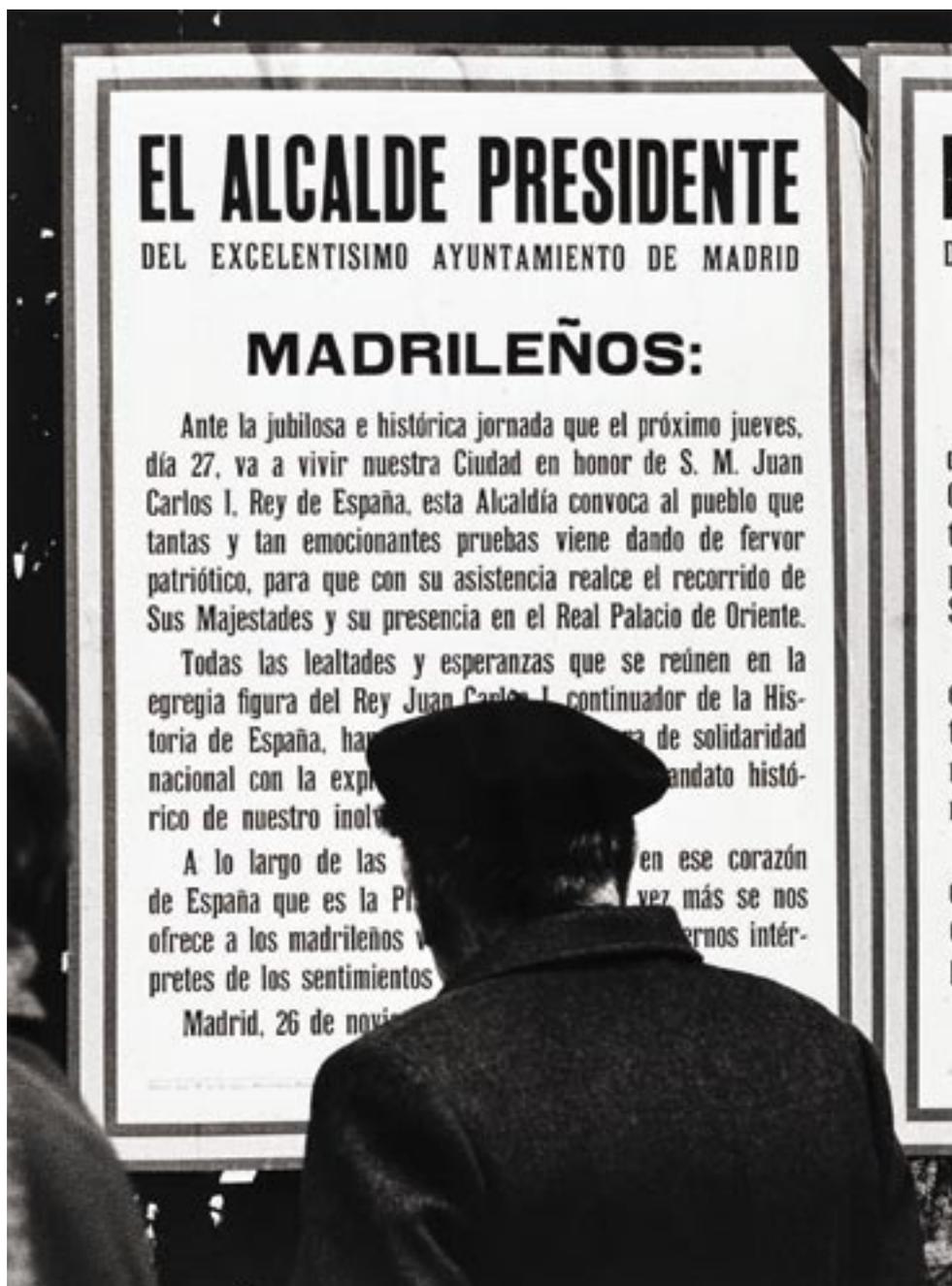
Campaña contra el S.I.D.A., 1990

IN 2006/13/78



Una invitación indecente, 1976

IN 2006/13/71



El bando, 1975

IN 2006/13/69



Las infantas (Exposición “El niño en el Museo del Prado”), Marzo 1983

IN 2006/13/75



Cierre definitivo de la gran exposición de Velázquez, Museo del Prado,
1 de Abril de 1990, 22,30 h

IN 2006/13/77



Adolfo Suárez en La Moncloa (Entrevista para el semanario "Der Spiegel")
25 de Marzo de 1977

IN 2006/13/72



B. B. King (Primer Festival de Jazz de Madrid, Palacio de los Deportes), 1983

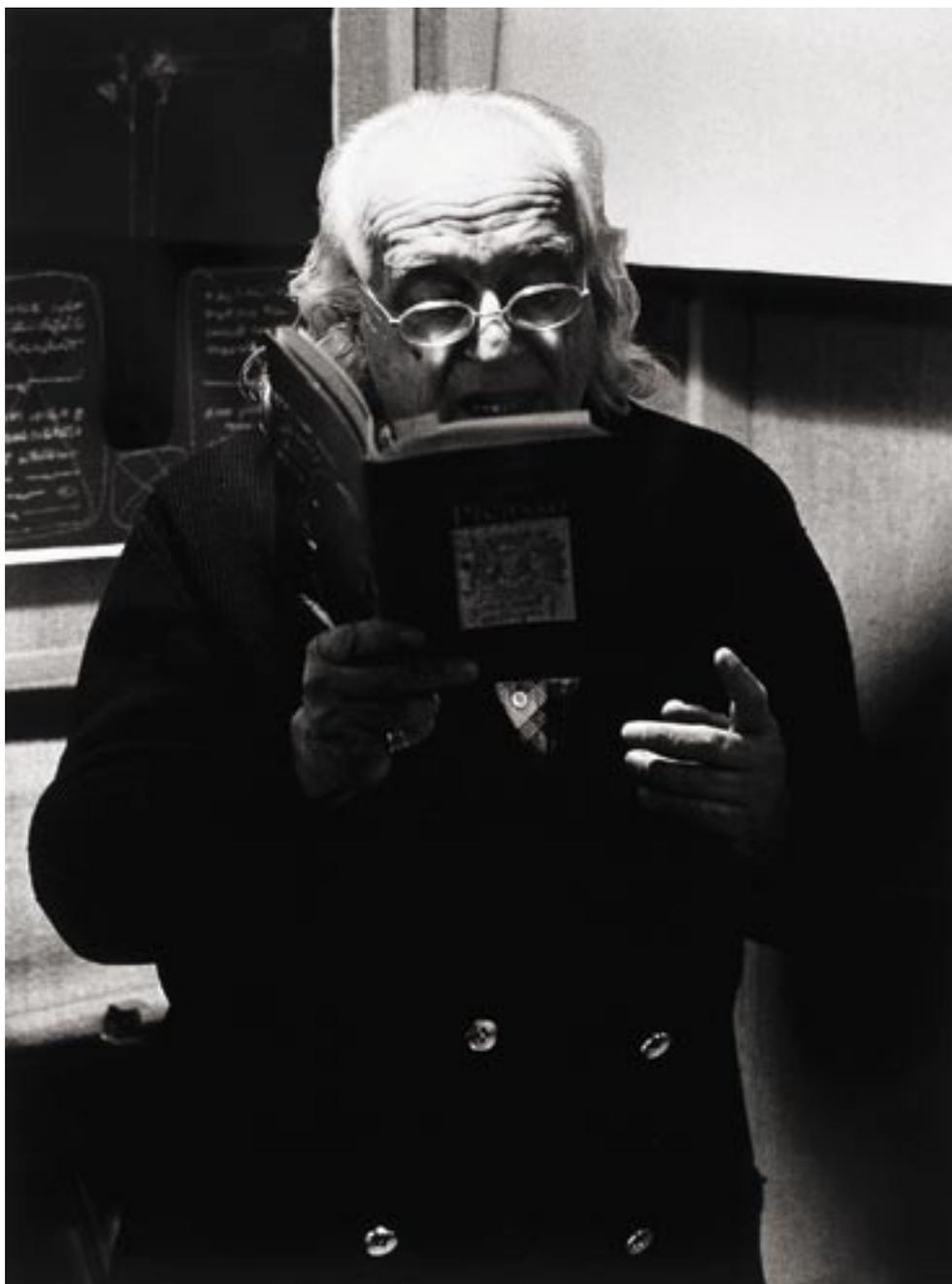
IN 2006/13/74



Ramón J. Sender (El primer regreso del exilio. Feria del Libro), 1974

IN 2006/13/89

Madrid
1965-1990



Rafael Alberti en la Galería Tórculo, 1981

IN 2006/13/97



Bodegón del cambio (Campus de Somosaguas), 1977

IN 2006/13/91



Metrópolis, 1979

IN 2006/13/99



La paloma de la Gran Vía, 1980

IN 2006/13/92



Las vías de la gran ciudad, 1974

IN 2006/13/12



Una tarde de domingo en la M-30, 1974

IN 2006/13/65



El niño de AZCA, 1981

IN 2006/13/73



El Belén de la gran ciudad (Calle de Alcalá - Escuelas Aguirre), 1975

IN 2006/13/94

Peter Witte

DATOS BIOGRÁFICOS

Peter Witte nació en 1933 en Giessen, Alemania. Después del bachillerato superior en el Gymnasium Ludovicianum en Giessen, estudió en la Escuela de Fotografía en Hamburgo, donde en 1955 se graduó. Entre 1956 y 1957 vivió en Reykjavik, donde compartió sus trabajos fotográficos con viajes por Islandia. Entre 1958 y 1962 fue Jefe del Departamento de Fotografía del Museo Provincial de Renania (Rheinisches Landesmuseum) en Bonn.

En los años siguientes, realizó trabajos fotográficos y cinematográficos para la industria, colaboró como periodista libre en el programa escolar de la emisora de Alemania Occidental (WDR), y en diversos periódicos y revistas.

Desde 1965 hasta 1998, ha sido fotógrafo científico del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid y colaborador habitual de editoriales y periódicos. Hoy se dedica preferentemente a la fotografía documental en blanco y negro.

Peter Witte ha sido colaborador fotográfico en muchas publicaciones arqueológicas y de historia de arte, como la *Propyläen Kunstgeschichte, Historia 16, Reales Sitios*, y ha sido autor de gran parte de las imágenes de la serie de libros que, bajo el título *Hispania Antiqua*, fue editado por el Instituto Arqueológico Alemán, en el que se muestran los monumentos de la Península Ibérica desde la prehistoria hasta el Islam.

Es autor de los siguientes libros: *Adiós España vieja* (Frankfurt-Madrid: Editorial Iberoamericana, 1966) y *Madrid visto por un alemán* (Madrid: Instituto Alemán, 1971).

Es autor de las fotografías de los libros: Eva Maria Koppel, *Die römischen Skulpturen von Tarraco*, 1985; Juan Agustín González Navarrete, *Escultura Ibérica de Cerillo Blanco, Porcuna, Jaén*. Jaén: Diputación Provincial, 1987; Stephan F. Schröder, *Catálogo de la Escultura Clásica, I*. Madrid: Museo del Prado, 1993; Markus Trunk, *Die "Casa de Pilatos" in Sevilla*. Mainz: Philipp von Zabern, 2002; *Catálogo de Escultura Clásica, II*. Madrid: Museo del Prado, 2004.

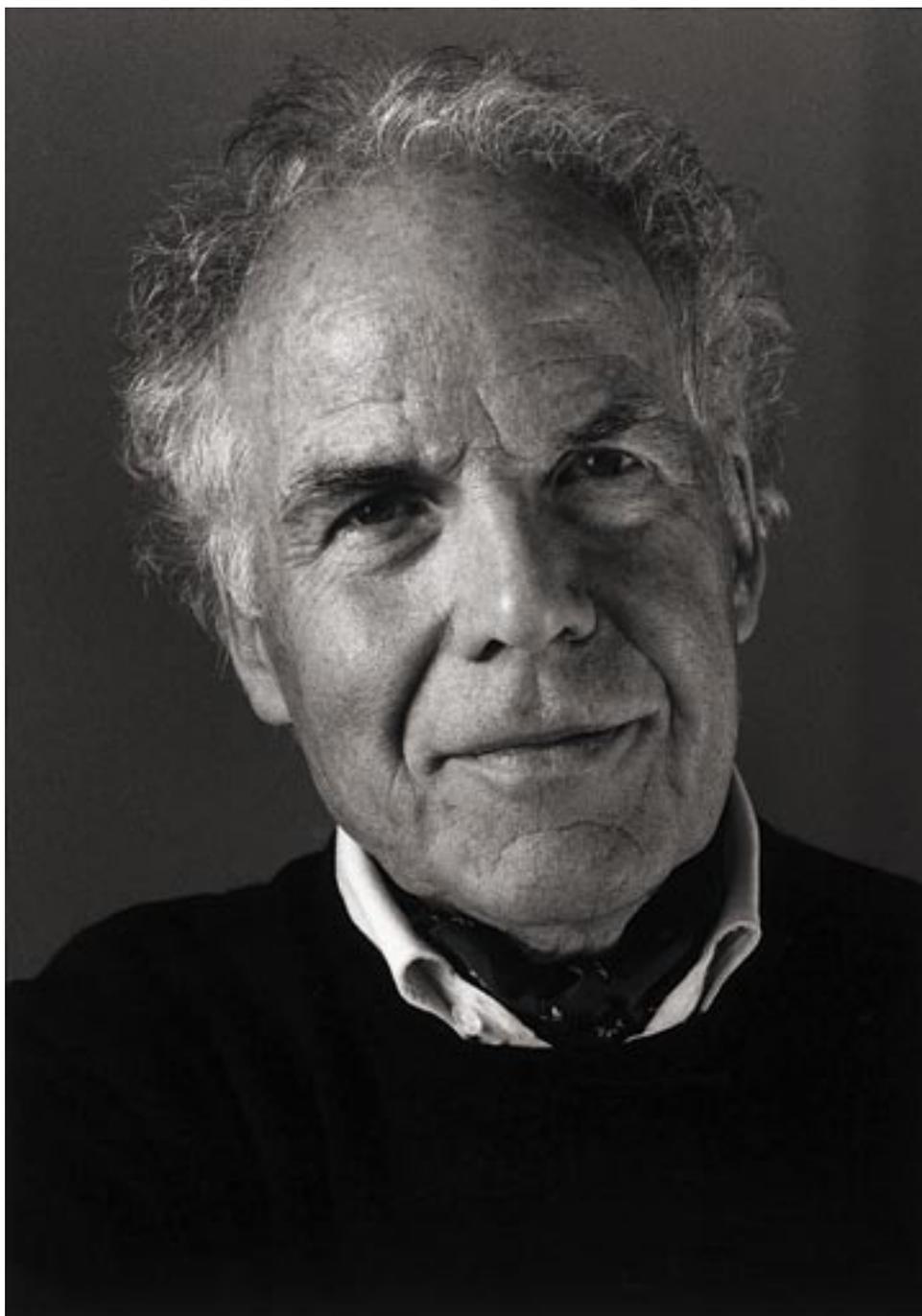
Peter Witte ha publicado alrededor de 250 artículos en periódicos y revistas, entre ellos *Süddeutsche Zeitung, Frankfurter Allgemeine* y *Giessner Allgemeine*.

Fue premiado en el concurso fotográfico “Jugend fotografiert” de la PHOTOKINA en Colonia en 1954, en el concurso nacional “Artes y Tradiciones Populares” del Ministerio de Cultura de España en 1986 y en el concurso “Premio de Arte del Ministerio de Justicia” de la República Federal de Alemania en 1988.

Ha realizado numerosas exposiciones individuales de fotografía en Alemania y España, en el Instituto Francés de Colonia, en el Instituto de España de Munich, en el Instituto Alemán de Madrid, en el Museo de Albacete, y ha participado en muchas exposiciones colectivas, en el Ayuntamiento de Bonn, en diferentes exposiciones de “Artes y Tradiciones Populares” del Ministerio de Cultura, en el Instituto de Cervantes de Munich y en el Museo Nacional de Arqueología de Tarragona.

Sus fotografías se encuentran además en colecciones particulares de España, Alemania, Francia y Estados Unidos.

Madrid
1965-1990



Peter Witte, 2007

Sigrid Witte

Dirección

Carmen Priego Fernández del Campo

Sección de Colecciones

Isabel Tuda Rodríguez

Ana de Castro Puente

Sonia Fernández Esteban

María Ángeles Ibáñez Gómez

Purificación Nájera Colino

Sección de Bellas Artes

María José Rivas Capelo

Mónica Moreno Carrasco

División de Exposiciones,

Acción Cultural y Difusión

Eva Corrales Gómez

Biblioteca y Archivo

Ester Sanz Murillo

Administración

María Ángeles Gómez Allas

Juana Sanz Sanz

Rafael Canet Font

María Soledad Díaz Fernández

José Miguel Muñoz de la Nava Chacón

Gestión Económica y Administración

del Departamento de Museos

y Colecciones

Lucía Herrera Iglesias

Elsa Pedraza Rivadeneira

Amparo Alonso Benedicto

Ana Lacasa Escusol

Javier Sanz Molina

Asistencia Interna

Eduardo Sanz de la Calle

Carmelo Alonso Reyero

Nicanor Gallego Pérez

Consuelo Jimeno Díez

Mercedes López González

Encarnación Moreno Campos

y todo el personal del Museo Municipal

Prensa

Javier Monzón

Isabel Cisneros

Publicidad

Roberto Leiceaga



Este libro se acabó de imprimir
el 31 de Enero de 2007
en Madrid



madrid
ÁREA DE LAS ARTES